



# EL MOMENTO HISTÓRICO EN QUE SAN MARTÍN DECIDIÓ SALIR DE ESPAÑA

EL momento histórico en que San Martín decidió salir de España, dirigirse primero a Londres y entrar en Buenos Aires (en marzo de 1812), acusa la cualidad que siempre caracterizó su genio político: una aguda visión sobre la aguda y el destino del Continente.

Hasta entonces en España no se creía, en general, que la Revolución de Mayo tuviera por fin la Independencia. En vano los españoles de Buenos Aires y Montevideo, instituciones como la Audiencia y autoridades como las de Salazar y Soria pedían el envío de un Virrey, "pero que sería inútil el viaje si no llevaba fuerzas suficientes"; proclamando a voces que se trataba de una revolución emancipadora, en tanto el Gobierno de España decía, suave y débilmente, que en el movimiento de estas Provincias "no había malignidad o indiscreción de un nuevo sistema".

Contribuía a sostener esa opinión común en la Península la circunstancia de que se invocaba en los documentos oficiales de Buenos Aires la obediencia al Rey preso.

Hoy puede afirmarse, sobre la base de los estudios realizados en la Península últimamente, y entre nosotros, relacionados con la prensa de España en la época de la Independencia, en 1810 y 1811 (1), que el Gobierno peninsular reducía a su menor importancia la insurrección del Nuevo Mundo y que el Gobierno británico aparecía también en la prensa como su fiel aliado. Los que creían principalmente en los impulsos revolucionarios de América eran los franceses, en ese momento los enemigos contra quienes peleaban los españoles en la Península. Pero cuando asomó la manifestación del pueblo americano por la emancipación—lo mismo de España que de Inglaterra y Francia—, no pocos de los americanos que peleaban en la Península junto a España dejaron de hacerlo, respondiendo al sentimiento acendrado de la Patria de origen.

Entonces San Martín dió muestra de su grandeza de alma, al renunciar a su brillante carrera militar en la Península, en holocausto de la causa americana.

No me detengo a rebatir las versiones calumniosas, exteriores e interiores, de San Martín que han afirmado como razón profunda de su salida de España "una devorante ambición" por escalar los altos cargos, o que la idea inspiradora del viaje no fué su amor al suelo natal, sino el consejo de un general inglés, de los que deseaban la emancipación de Sudamérica para las necesidades del comercio británico (2).

Tampoco es exacto que San Martín se embarcara con destino a Inglaterra y América porque había creído que España estaba perdida, como se ha dicho y repetido, convulsionada y en estado de crisis política. El historiador que ha sostenido esa tesis es G. Gervinus, en su

*Historia del siglo XIX desde los Tratados de Viena* (1) (la edición alemana es de 1855 y la de París es de 1865), que al ocuparse de la Guerra de la Independencia de la América Española y de San Martín recomienda la consulta de los historiadores Miers, Stevenson y María Graban, que, como se sabe, son autores que se inspiraban en el pirata Lord Cochrane. Además es pobre e inconsistente el argumento desde todo punto de vista, porque quien lo afirma admite la idea simplista de la destrucción, por imperio de la fuerza, de un Estado histórico con personalidad propia como España, y porque vuelto al trono el Rey Fernando VII, oportunidad en que hubo mayor peligro, se preparó el Ejército de los Andes, formulóse la declaración de la Independencia y se inició la ofensiva general en América.

San Martín había actuado en la Península en guerra regular y de guerrillas durante veintidós años, combatiendo "bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, a pie y a caballo, a campo abierto y dentro de muralla"... "El discípulo era un maestro en estado de dar lecciones" (2).

Ahora, convencido que la Revolución de Buenos Aires lo era por la Independencia, ya no podía seguir peleando desde España contra su Patria naciente. Y tal fué la razón por virtud de la cual San Martín y otros argentinos ilustres vinieron a ofrecer su espada a la causa de Mayo, como he dicho.

"Al abandonar mi fortuna y mis esperanzas—expresó San Martín refiriéndose, en un rasgo magnánimo, a los bienes que renunciaba—, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi Patria."

Esta salida de España no fué subrepticia, habiéndose esclarecido que lo hizo con amplia autorización por un decreto del Consejo de Regencia de España y visado su pasaporte por el representante del Gobierno inglés, Lord Fife, residente en Cádiz, ciudad donde se efectuó una reunión de americanos, resolviendo que sus miembros regresarían cada uno al país de su nacimiento.

San Martín confió a Lord Fife su decisión de pasar a América, y este amigo le proporcionó, por recomendación, pasaje en un bergantín de guerra inglés hasta Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios, que aunque no fueron aceptados—ha dicho el propio San Martín—no dejaron nunca de ser reconocidos (3).

(1) G. Gervinus, *Histoire du dix-neuvième siècle depuis des Traités de Vienne*, Paris, 1865, t. VII, pág. 2. Como digo en el texto, la edición alemana de Gervinus es de 1855.

Este autor es quien agrega que: "Una devorante ambición se hallaba oculta en el fondo misterioso de su alma, de manera que nadie podía descubrirla", pues en el Río de la Plata sus servicios serían de un precio inestimable.

(2) B. Mitre, *Historia de San Martín...*, cit., tomo I, pág. 119.

(3) "Apéndice. Contestación a las preguntas del general Miller", en "un documento de San Martín con referencias históricas", por Alfredo G. Villegas. (*Anuario de la Sociedad de Historia Argentina*, Buenos Aires, 1947, t. V, pág. 367).

(1) Jaime Delgado, *La independencia de América en la prensa española*, Madrid, 1949, pág. 19.

(2) Juan B. Alberti, *El origen de la guerra*, edición del Consejo deliberante de Buenos Aires, 1934, pág. 106.



El pedido de retiro de San Martín después de haber prestado veintidós años de servicio "con sólo uso de uniforme de retirado y fuero militar", lo hizo con destino a la ciudad de Lima, "para atender a sus intereses y cuidar de la subsistencia de dos hermanos que deja en los Ejércitos de la Península" (1).

La causa invocada para su salida era una excusa necesaria y obligada en virtud de su posición revolucionaria. El pedido de retiro obedecía a un alto objetivo y no para realizar un viaje a Lima, donde no tenía intereses que defender, aunque esa referencia a la ciudad del Perú haya alcanzado, con el desenvolvimiento de la trama de los sucesos, el significado de un símbolo, porque aquel distrito del Virreinato del Perú era el corazón y la política de América Hispana, el escenario de las últimas campañas libertadoras de este Continente.

Venía a Buenos Aires para combatir por el mismo ideal político con que lo había hecho en la Península: por la independencia, ahora en favor de los pueblos de un mundo nuevo creado por España.

Como era lógico esperar, en el fragor y estruendo de las batallas se cruzaron contra la metrópoli palabras terribles como proyectiles, pero no fueron pocas las oportunidades en que San Martín ha vuelto a evocar sentidamente la imagen de la Madre Patria: en bandos, como gobernador de Cuyo, llamando a los españoles a la paz; en el oficio, seis días después de Maipú, en que proclamó los derechos de los vencidos; en las entrevistas de Miraflores y de Punchanca; en el nuevo oficio de 19 de noviembre de 1820, en que invita al Virrey Pezuela "a hacer la guerra con humanidad, ya que hasta aquí no hemos podido hacer la paz, sin contrariar los Gobiernos libres de América"; en su actitud caballeresca con el citado Virrey Pezuela, cuando se conocieron personalmente por una circunstancia inesperada, episodio hoy documentado; e igualmente en la conferencia con el Virrey La Serna, a quien le manifestó "que la independencia del Perú no era inconciliable con los más grandes intereses de España", anticipando—con visión iluminada del porvenir—la trascendencia de la Unión de los Estados Libres de Hispanoamérica al decirle que eran "relaciones fundadas en la concordia permanente entre hombres de la misma raza, que hablan la misma lengua y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres".

Puede agregarse que sus últimos planes fueron los de gestionar el reconocimiento de la independencia de estos Estados por parte de España—pues se escribía a este fin con un hermano suyo, que era oficial primero de la Secretaría de Guerra en la Península—, y después de abdicar en el Perú, ofrecía sus servicios desinteresados al Presidente José de la Riva Agüero para desempeñar esa misión "con el honor que nos es propio".

Explicación histórica sobre las raíces hispanas del americanismo y

(1) José Pacífico Otero, *Historia del libertador D. José de San Martín*. Buenos Aires, 1932, t. I, pág. 190; Augusto Barcia Trelles, *San Martín en España*, cit., t. II, páginas 291 y 309.

del amor a la libertad en el Nuevo Mundo dada por San Martín, que poseía en su corazón "como ningún otro la reserva de la raza de Peñayo", según escribió Manuel de Olazábal, el que había sido su antiguo cadete en el Regimiento de Granaderos a Caballo y fué a esperarlo a su regreso del Perú en la cumbre de la cordillera.

Ya en Londres, San Martín se vinculó al núcleo de los revolucionarios de América, incorporándose a la asociación secreta Sociedad Lautaro, fundada por Francisco Miranda, de la que existía un núcleo en Cádiz. Allí había prestado juramento Bolívar e hizo lo propio San Martín.

En sus entrevistas con Manuel Moreno y Tomás Guide—los dos jóvenes secretarios de Mariano Moreno, fallecido en alta mar, que serían después: el uno, su inesperado adversario, y el otro, su dilecto amigo—San Martín confirmó todas las noticias demostrativas de que la Revolución de Mayo era un movimiento emancipador, como he dicho, aunque había entrado ya en un estado de crisis interna, desde la conferencia de 18 de diciembre de 1810, que operó el cambio de la Junta Provisional en la Junta Grande al Consejo de Guerra.

San Martín también ha hecho la crónica de esta época de su vida en la carta al general Ramón Castilla—de 11 de septiembre de 1848—, en que dice que, como él, había servido en el ejército español hasta el grado de Teniente Coronel de Caballería desde la edad de trece a treinta y cuatro años, y recuerda su llegada a Buenos Aires a principios de marzo de 1812.

Fué recibido por uno de los vocales "con favor (se refiere a Juan Martín de Pueyrredón, en cuya oportunidad nació una amistad histórica), y con los dos restantes con una desconfianza muy marcada". Con pocas relaciones de familia en su propio país—explica—sufrió ese contraste con constancia.

En los diez años de su carrera pública "en diferentes mandos y estados", agrega en seguida, la política que se propuso seguir fué invariable "en dos solos puntos", revelando así que era un hombre capaz de trazarse un sereno plan de ideas directrices y seguirlo en la acción, pero con la libertad indispensable para hacer posible su cumplimiento.

Esas dos ideas políticas superiores fueron: no mezclarse en los partidos "que alternativamente dominaron en aquella época" en Buenos Aires, a los que había contribuido, él lo dice, su ausencia de la capital por espacio de nueve años y contemplar "todos los estados americanos en que fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos".

Fueron ideas políticas superiores, he dicho, pero fueron ideas puras, a las que se mantuvo fiel; ideas incontaminadas de todo interés personal y de toda ambición de mando por el mando mismo.

La década histórica de su actuación en América ha proyectado luz retrospectiva sobre el pensamiento que le movió a dejar España a este caballero andante de la Independencia, dejando ver el diáfano origen de los sentimientos de quien dijo "que sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de la patria".

## R I C A R D O L E V E N E

(Presidente de la Academia Nacional de la Historia, de Buenos Aires)



Gabriel